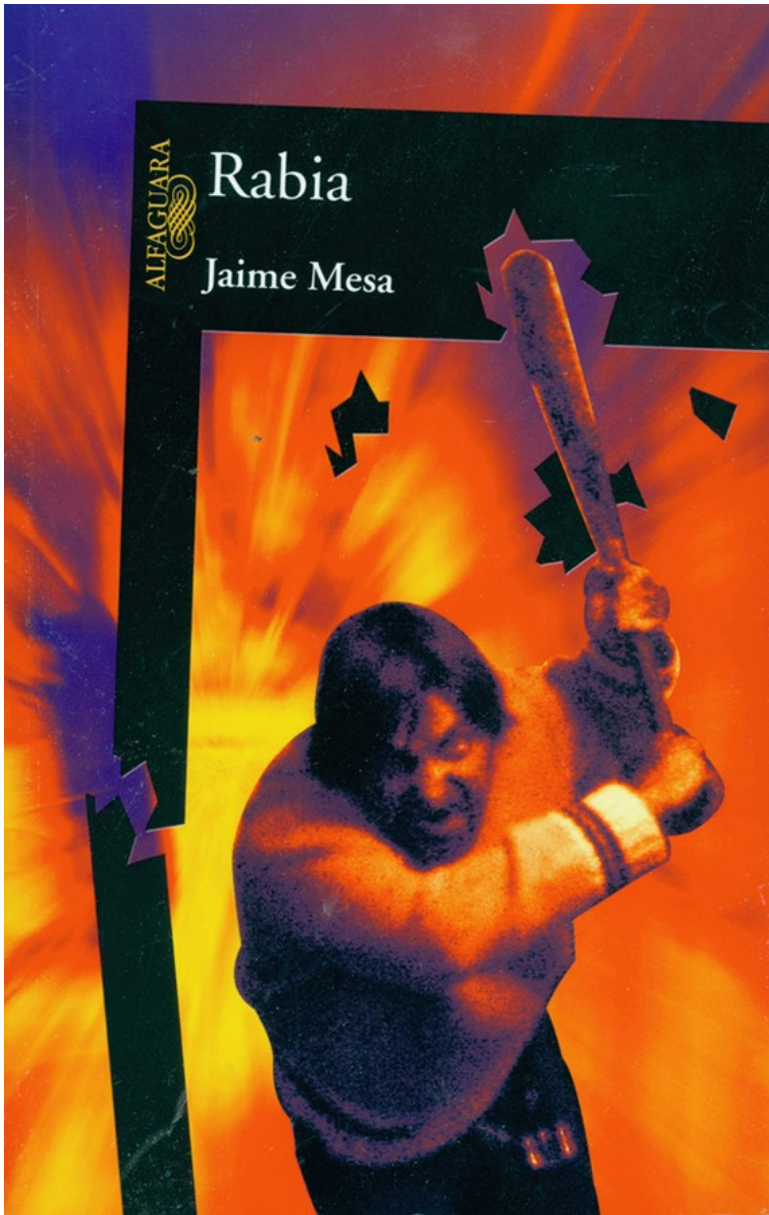


ALFAGUARA

Rabia

Jaime Mesa





Índice

[Portadilla](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Beca](#)

[Don](#)

[Matilda](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

[Grupo Santillana](#)



A Esperanza Toral

Pagamos el vicio con el conocimiento de que somos perversos; pagamos el placer cuando descubrimos demasiado tarde que no somos nada; sus cuentas son llevadas en moneda menuda, pero el total es igualmente alto.

CYRIL CONNOLLY

Beca

No sé bien. Llego a mi casa. Enciendo la computadora. La página habitual para los días aburridos. Aparece después de quince minutos de estar buscando alguien con quien hablar. Cree que soy mujer. La certeza de ganarme su confianza y de conocer su intimidad me obligan a no desmentirla, como no he desmentido a tantas otras. Me llamo Marisa. Sólo aquí. Ella es susana82. Está bien. Yo sólo quiero sexo. Me dice que está buscando confirmaciones. Que ayer no sé qué, algo a lo que no le pongo mucha atención. Me manejo con cautela. Sé cómo reaccionan estas lesbianas: atisban, desean reconocer si eres hombre. Lo soy. Pero soy muy hábil para el engaño. Así que evado entrar directamente a la frase: "Estás húmeda"; le pregunto por su vida, por sus intereses. Acaba de entrar a la universidad, sin novio, ayer... (luego me confesará que no es lesbiana sino que sólo tenía *curiosidad*), y ataco usando mi perfil de lesbiana virgen. Me pregunta qué quiero saber. Le digo que eso, cómo es, cómo se siente. Así que empieza el relato minucioso (así lo he pedido) de la segunda vez, que fue la mejor, en la que estuvo con el segundo hombre con el que se ha acostado. Algo sobre la falda de su escuela, preocupación por los condones; luego el pene, tamaño, descripción. "Sientes que se te van las fuerzas", mi mano comienza a acariciar mi pene. Ella sigue, posición normal, dice,

diez, o quince minutos, tiene un orgasmo, el primero. Le gustó. Me dice que el tipo tenía un miembro más pequeño en relación a los otros. Sin embargo, lo prefiere. Yo voy dejando pasar el tiempo. Veo cómo mi propio orgasmo pasa delante de mí porque no me he excitado lo suficiente. Me enfrió. Tal vez ella no es tan buena en sus relatos. Pienso pedirle más detalles. Pero no sé qué pasa. "¿Por qué estás aquí?", pregunto. "Ayer estaba en la casa de una amiga...", ya me sé lo demás. Veían una película sobre el tema en cuestión, la otra se volvió hacia ella y le preguntó si la encontraba atractiva. Dice que sí, y contraataca con la misma pregunta. Las dos se miran un rato, se besan. Se acarician. ¿Luego? Ella se ha metido a esta sala de lesbianas a encontrar su camino.

Todas las historias que cuenta la gente son más o menos parecidas.

Estamos tan enfermos de lo mismo.

Así que intercambiamos fotos. Yo le mando la de una desconocida; una imagen que guardo para situaciones como ésta. Al recibir la foto de la heterosexual indecisa me encuentro con una belleza tipo revista de modelos. La veo, justamente abraza a la amiga que ayer acaba de besar. Ambas están en el patio de alguna escuela. Ella viste jeans, camisa blanca y corbatín rojo. Es hermosa. Se lo digo. Contesta que yo también, que Marisa también lo es.

Ahí es cuando lo siento.

La imagen de su rostro, piel blanca, cabello largo y negro, sonrisa abrumadora... y el corbatín rojo. Creo que voy reconociéndolo. A veces sucede. Luego de seis u ocho meses de andar buscando, o también de no andar buscando, llega el enamoramiento. O al menos algo que yo califico como tal. No se trata del deseo, ni siquiera tengo una erección. Más bien me conmuevo ante su belleza, ante el corbatín. Justamente ahí empiezo una disertación sobre el destino. "Imagínate que todas las decisiones que has tomado en tu vida fueron para llegar a este punto, conmigo." Y más, todo el repertorio. Ella se queda callada.

Entonces algo hace que la conexión termine. Se cae la red. Mis dedos aprietan desesperadamente teclas, se oyen vertiginosos clics; y de nuevo veo el icono sagrado que indica que estoy conectado.

Ella sigue ahí. Yo le ofrezco una disculpa. Le explico lo que pasó.

“¿Entonces no leíste?”, me dice.

El juego del convencimiento para que lo repita empieza. No dura mucho. “Te escribí, que, que... me encantas”. Lo sabía. Intuí que algo así iba a llegar en cualquier momento. Pero ahora no estoy jugando más. Se trata de algo serio. Le digo dos o tres frases en esa sintonía. Se supone, por lo que le digo, que estamos enamoradas. Ella vive del otro lado del país, tiene 20 años, dice que no me encele de sus pretendientes porque siente que desde ahora sólo pensará en mí, dice que ese corbatín rojo, si quiero, es mío, que nunca antes le había sucedido esto.

Son las siete de la mañana. Me duele el culo de estar sentado tanto tiempo. Pero la magia ha vuelto a aparecer. Somos *novias*. Quedamos en que mañana haremos el amor, en la noche. Ella se encerrará en su cuarto sólo para estar conmigo, promete. Nos despedimos.

La luz afuera ya es clara y comienza a despejar los rincones de sombras. Antes de acostarme voy al baño.

Al levantar las sábanas Rebeca, o Beca como me acostumbraré a llamarla después, se despierta. Me acomodo, pienso en Susana. Abro los ojos. Cuando los vuelvo a cerrar la recuerdo, y tomo prestadas unas imágenes del pasado para fantasear un poco.

Muchas veces en mi vida me he encontrado con la pregunta ¿quién diría hoy, al abrir los ojos, que esto iba a pasar?

Me llamo Leopoldo pero me dicen Foster por una fijación que tengo con la cerveza Foster's. Tengo 33 años.

Ella se llama Rebeca, o Beca, y es mi esposa.

Ella se llama Susana, o susana82, y es mi nueva amante virtual.

Se supone que sólo estamos capacitados para amar a una persona a la vez. Hay noches en que esta preocupación me abruma. Hace poco he comenzado a sentir culpa. Por Rebeca sobre todo, la mujer con la que vivo. Es cansado después de un tiempo mantener una alta sintonía en varias relaciones. Porque se supone que las mujeres, las buenas mujeres, desean ser queridas y no sólo sexo. Creo que mi problema radica en que no me intereso por una noche, cada vez que inicio algo nuevo tengo la intención de que ella sea la especial, la que ame verdaderamente, la única. Pero es una contradicción desde el principio porque no termino mis lazos con las anteriores. Se van acumulando. Llega un punto en el que estoy demasiado partido para demasiadas mujeres. En lugar de ser feliz, termino un poco triste por cada una. Así que he decidido acabar con esto. Por fin, después de no sé cuántos años de lo mismo. Es desgastante.

Quiero quedarme sólo con Beca, que ella disfrute de todos los hombres que hay en mí. Lo necesito.

A veces pienso que estas preocupaciones y culpas son banales. Ahora mismo debe haber mucha gente preocupada por lo que comerá el día de mañana, la guerra, las enfermedades, la muerte. ¿Esto en qué nivel se encuentra? ¿Acaso cada uno de nosotros tiene sus respectivos niveles y entonces el margen se amolda?

Tal vez sólo soy alguien afortunado, porque otros, ni eso. Y el amor existe, claro.

Comienzo los preparativos para el viaje a las nueve de la mañana. He dormido sólo una hora. Me siento mal. Beca me vuelve a preguntar por la razón de mi partida, lo ha hecho varias veces esta semana desde que le dije que saldría, el nombre del hotel, y trata de sacarme un pequeño itinerario. Le he explicado que mi viaje a España es para visitar la matriz de la empresa donde trabajo. Soy traductor, principalmente traduzco del francés y del inglés. Así que mi his-

toria encaja a la perfección. Si se pone más necia estoy dispuesto a sacar el discurso de que ésta es mi pasión en la vida y debe respetarla.

Siento la cabeza agobiada. Mis ojeras deben ser notorias por todas las horas que llevo sin dormir. Le he dicho a Rebeca que me pasé la noche buscando información y escribiendo algunos mails (que expliquen mi ausencia).

Me encontraré con Emilia en Chicago. Ella vive en la misma ciudad que yo pero ahora está en Canadá en no sé qué reunión de no sé qué empresa para la que trabaja. La he convencido de que la cita sea en Chicago porque quiero darme el lujo de que el destino nos alcance allá, en ese espacio donde mis recuerdos infantiles y adultos se han mezclado con el paso del tiempo. Además, para Emilia no importa el lugar, aunque estoy seguro de que piensa que en el extranjero las cosas son más simples. Me iré una semana. Creo que es la primera vez que salgo tanto tiempo con ella. Hemos pasado fines de semana juntos, pero nunca siete días enteros.

Como Emilia es una mujer preocupada por los detalles, luego de mi propuesta del lugar, me ha mandado un mail con una sorpresa que en el fondo me ha dejado un poco consternado: mañana estaremos en el Wrigley Field viendo el partido de apertura de los Cubs contra los Reds.

Aunque sé que es un problema menor, la consternación tiene que ver con mi disposición para asistir en vivo, en la *realidad real*, al estadio a ver el partido de beisbol. Siempre he preferido ver cualquier espectáculo por televisión. Es un asunto más limpio.

La cuestión de mi desasosiego está aquí, cuando mi madre decidió inculcarme un deporte escogió el beisbol, tal vez por considerarlo poco violento. Así, hace casi 21 años me llevó a un estadio. Me divertí pero *fui con ella*, es decir, me llevó, pagó, dirigió el curso de mis acciones. Me dio la experiencia pero también me la quitó. Si yo quería pasarme un tiempo cerca del bullpen viendo calentar a los pitchers, ella me decía que mejor fuéramos al restaurante del estadio porque ése era el mejor lugar. De la misma manera te-

nía una mejor forma de aderezar el hotdog, de elegir el lugar para comprar una gorra, o hasta de comentar los sucesos del juego. Por alguna razón creía firmemente que su conocimiento de ese mundo debía ser una guía para mí. Lo que yo deseaba era estar solo unos minutos. Darme tiempo para comprender a toda esa gente gritando y comportándose como a mí no me gustaba hacerlo. Quería darle una oportunidad a ese ritmo salvaje.

Ahora con Emilia tenía la posibilidad de cambiar las cosas. Aunque ella, como aquella vez mi madre, iba a pagar todo, no iba a ejercer un control sobre mí.

Al menos he aprendido algo con los años.

Supongo que la razón del viaje, según Emilia, es que me pedirá que deje a mi mujer, a Beca. La petición ha estado aguardando un momento como éste. Hace dos meses surgió. Estábamos en un restaurante al que solemos ir cuando nos vamos de fin de semana. Fue antes de que llegara el postre, mientras yo tenía aún la taza de café en las manos. Emilia no es una mujer sola. Cuando la conocí tenía un pretendiente que la trataba como reina. Ella es viuda. Tiene 43 años y tres hijas, cuyas edades he olvidado. Una de ellas va a la universidad. Lejos de lo que pudiera pensarse de una mujer que *ha sufrido tanto* (además de su esposo, su madre y su primer hijo murieron) es extremadamente bella. Su cuerpo es pequeño y delgado. Cuando la ropa casual es su elección casi podría decirse que me lleva cuatro o tres años. Eso me hace pensar a veces que tal vez el del problema de la edad soy yo, ¿me veré muy viejo?

Sé que es un mal día para terminar con Emilia. Pero si no lo hago tendré que esperar otro mes para nuestra siguiente cita de fin de semana, o para estar a solas y decirle que quiero ponerle fin a todo esto. Me gustaría esperar un poco. Creo que por eso he planeado que será después del juego, o al día siguiente. Antes quiero disfrutar de aquello que mi madre me negó en mi primer partido de beisbol.

Emilia es una de esas señoras con el pelo teñido. Pero se le ve bien. Su tono original debió haber sido un negro profundo, ahora es un castaño multitono. Lo más impactante

es su mirada. La tiene de niña. Su esbeltez es buen marco para las proporciones de sus senos y nalgas. La veo como una delicada muñequita loca por mí. No sé si la amo, o al menos si la amé alguna vez. Creo que sí. Al mes de haber nos conocido estuve a punto de decirle que nos fuéramos lejos, que estaba dispuesto a olvidarme de mi vida con Beca. Fue algo extraño porque al final mi emotiva decisión fue opacada por un detalle sutil, como el toquido a la puerta de un vecino, o algo por el estilo. Ni siquiera lo recuerdo. Pero no se lo dije. Y al otro día ya se había esfumado. La relación se nos fue en fines de semana, llamadas clandestinas a mi celular en la madrugada, o citas urgentes en un departamento que había alquilado solamente para esta aventura que ya no creció más. Ahora vamos en el quinto o sexto mes de un amorío que cada vez se parece más a una pareja de esposos cerca de sus bodas de plata.

Beca me observa desde la cama. Parece un conejillo agazapado. Prefiero no mirarla porque entonces la melancolía me inundará y terminaré posponiendo mi viaje con Emilia. Ha pasado otras veces. Hacemos el plan, lo hablamos durante medio día y cuando la hora llega sucede que a Beca le han dado el día libre o me pide que vayamos al cine y eso es suficiente para que apague mi celular y sin avisar no me presente a la cita. Ese poder tiene Beca. Casi siempre prefiero cualquier cosa sencilla a su lado que algo espectacular con alguien más. Supongo que por eso es mi esposa.

Beca hoy no me lo dice. Se queda callada tratando de imaginarme subido en el avión, o reprimiendo los celos que tal vez sienta. Sé que le da pánico la idea de imaginarme en una ciudad lejana y sin ella. A veces la he ayudado un poco. Cuando estoy por salir con otra mujer, comienzo a decirle que falte al trabajo, que no me deje solo. En ocasiones funciona. Cuando no, termino en un hotel acostándome con Emilia que, tal parece, siempre está disponible para mí.

Así es esto. Nadie sabe que la poca atención a sus decisiones contribuye a ser engañado en mayor o menor medida.

A las once de la mañana Beca y yo desayunamos. Me gusta cómo prepara café. Platicamos de lo que hará en la semana de mi ausencia. Ella trabaja para una agencia de publicidad. Dentro de un mes está programado el lanzamiento de una campaña muy importante para una pasta dental. En días como éstos come en su oficina, llega a dormir a las dos de la mañana. Casi no nos vemos. Así que no entiendo por qué pone esa cara de tristeza si conmigo acá o allá será lo mismo.

Estamos planeando tener un bebé. Hace un año cumplimos la edad que nos habíamos puesto como meta. Y a pesar de mis infidelidades somos una buena pareja. Sin embargo, aún no estoy seguro de la razón por la que tendríamos un hijo.

Pero en estos días la idea de un hijo me recuerda de una manera amarga a Julieta. Otra de las mujeres que he decidido empezar a abandonar.

Es menor que yo, es escritora y llevamos juntos cerca de dos años. También somos amantes, pero a diferencia de Emilia, Julieta dice que el sexo no es tan importante. Ella cree que nos amamos, así que por esto no la cuento entre los *engaños* a Beca. Según yo, ella me ama un poco más de lo que yo la amo. Descubrí el sentimiento en el primer año de nuestra relación. Recuerdo los primeros meses sufriendo por la vieja idea de no poder amar a dos mujeres. Ella no entendía cómo algo así era posible y yo mucho menos. Pero era así. Soy el primer hombre que ella ha amado en su vida. Entonces había muchos elementos para que la resistencia y la paciencia estuvieran de nuestra parte. Desde el principio le especificué que pasara lo que pasara nunca dejaría a Beca, así que hasta el momento no me lo ha pedido. De vez en cuando llora, y entonces me hace llorar. Aunque dice que el motivo es que me extraña porque nos vemos muy poco, yo sé que es por reprimir su deseo de pedirme que termine con Beca.

Julieta me ha dicho que romperá conmigo cuando yo tenga hijos. Dice que no podría con la idea de destrozarse una familia. Supongo que esa figura debe ser muy impor-

tante para ella pues sus padres llevan toda la vida juntos. No como los míos ni como los de casi toda la gente que conozco. Su advertencia no tiene que ver con mi decisión de tener un hijo. Sin embargo, tampoco me gusta mucho la idea de sostener a un bebé mientras otra mujer que no es su mamá espera a que le hable por teléfono para vernos.

Pero hablaré después de Julieta. Ahora mismo siento que tengo que resolver otras cuestiones. Debo esforzarme por dejar contenta a Beca, tengo que ir a la editorial a recoger un libro que me han encargado y luego salir a toda prisa al aeropuerto. Emilia me recogerá a las once de la noche en Chicago.

Enciendo la computadora mientras Beca se está bañando. Tengo la irrefrenable necesidad de consultar mi correo cada cierto tiempo. La sensación de que la noticia, una noticia agradable o sorpresiva, puede estar aguardando mientras yo ando por el mundo sin saberlo nunca me deja en paz.

Cuando abro mi correo un mensaje que no esperaba me recibe:

“Querida Marisa: ayer fue uno de los momentos más importantes en mi vida. De esos que rompen todo, que parten tu vida. Jamás pensé amar a una mujer, digo, jamás pensé amar a una mujer que no conozco y que vive del otro lado del país. Hoy le he contado a mi amiga, con la que te dije que me besé. Arreglamos todo entre nosotras, ella prefiere seguir con su novio y conservar una simple amistad conmigo. Dice que no está lista para cambiar de preferencia. Yo no siento ningún tipo de atracción por ella. La siento por ti. Espero ansiosa la noche de hoy. Haré el amor por primera vez contigo. Mándame otra foto tuya. Te quiere, Susana.”

Entonces explota dentro de mí eso que me acompañó desde que me fui a dormir. La angustia no era por el viaje ni por el engaño a Beca. Tenía que ver con esa nueva persona en mi vida. Soñé con ella, creo, pensé en ella, y deseo estar

con ella. Por el momento no me importa el problema de que no sé cuándo le diré que soy hombre. Sólo me interesa volver a hablar con ella. No recuerdo a qué hora quedamos. ¿A las diez?

Cuando estoy por contestarle el correo a Susana dejo de ser Foster. Me convierto en *Marisa*.

Termino *húmeda* (¿así sienten las mujeres, no?) el mail a Susana, adelantándole algo de lo que sucederá en la noche. Como Beca aún no sale del baño, entro rápidamente a un chat: estoy buscando un hombre para "mujer de 40 años, sola, aburrída, para sexo cibernético, ¡estoy calientísima y complaciente!". No tardo mucho. La sala de chat se llama "infieles" y pronto tengo a cinco o seis *infieles* lanzándome proposiciones de todo tipo. No sé a cuál elegir. Está el típico joven de 17, virgen, que piensa que *nosotras* nos excitamos con frases vulgares; el maduro de 50, extremadamente solo, que te ofrece ir a tomar una copa y el romanticismo que jamás has hallado en alguien. Al final me quedo con el que no se espanta al decirle que quiero que me hable violento. Terminamos haciéndolo imaginariamente en un motel de cuarta.

Eyaculo dos minutos antes de que Beca salga del baño.

Entonces vuelvo a ser Foster. No tengo tiempo para reparar en la culpa (en otra época masturbarme cuando mi esposa estaba en casa me hacía sentir mal) porque tengo que esconder la evidencia. Acompaño a Beca mientras se cambia y cuando termina me despido. Tomo mi maleta y salgo a buscar un taxi.

¿Se han levantado alguna mañana pensando que arrojar la toalla sería lo más sencillo y que inmediatamente después una paz infinita los cobijaría?

Hoy es uno de esos días.

Según yo no existe una sola pieza fuera de su lugar. Tengo un trabajo que me gusta a pesar de no estar muy bien